

Una vez un mochilero europeo dijo que Montevideo parecía una ciudad sobre la que cayó una bomba de neutrones y la gente seguía viviendo ahí después de eso.

Me pareció una frase genial, injusta y cruel al mismo tiempo. Durante el final de mi niñez y la primera parte de mi adolescencia vivíamos en París. En esa época me di cuenta de que el mundo exterior existía de verdad, que no era solo algo que se ve cada tarde en la tele.

Cuando volvimos a Montevideo no lo podía creer. Era 1983, yo tenía 13 años y me quería morir. Una verdadera ciudad de neutrones.

Pasaron muchos años y otros lugares.

Amo la mayoría de las ciudades en las que viví, y de algún modo todas son un poco una ciudad de neutrones.

Hoy vivo en Montevideo, la capital de las fuentes secas. Aquí tengo amigos, familia y suficientes raíces.

Conozco mi barrio de memoria. Me alegro con cada nuevo aporte y sufro con cada casa agredida, cada fachada recubierta de piedra laja y cada árbol que tira una tormenta.

Es una ciudad que tiene muchas cosas que necesito para estar bien: veredas con vecinos, amigos que se pueden vestir en bicicleta, ferias, cines, librerías, un parque cerca para ir a caminar.

Claro que también tiene muchas de las cosas que odio: estripidez humana concentrada, agresividad, paranoia, alarmas, autos parados, cadenas de supermercados.

Lo peor es verla crecer y crecer tragándose al campo, la costa y el bosque sin que nadie se queje.

Creo que a esta altura ya no podría vivir sin la ciudad, aunque cada cierto tiempo siento como que me aboga. Entonces necesito alejarme, irme al campo, a la montaña o a la costa, y mirarla de lejos hasta que me vengan ganas de volver.

Creíamos que el campo nunca se iba a acabar.

Les Portelles, 18/I/07

Siempre son las cinco y cinco de la tarde en el reloj de pared roto que compramos con Laura en la feria. Podrían haber sido las cinco y cinco de la mañana, pero quedamos en que eran de la tarde. Es una buena hora para estar en la cocina.

Montevideo, 1/VI/06

~14~

Ella estaba sentada en la cocina poniéndole etiquetas a los frascos de condimento. Seis frascos medianos con tapón de corcho que había comprado no sé dónde. En la radio sonaba un disco de Mark Knopfler, y ella pegaba pedazos de papel engomado en los frascos y escribía el nombre con un marcador celeste, "Tomillo", "Curry", "Aji", "Clavo de olor", y después abría los paquetes de condimento y los volcaba adentro de los frascos. Decía que había que tener cuidado de que el tomillo no se confundiera con el orégano. Yo estaba parado delante de ella con las manos en los bolsillos, mirándola como si fuera un milagro de la naturaleza.

Montevideo, 4/V/06

~15~

De repente capé lo absurdo de la situación: Nacha, sentada en un banquito, nos contaba de un grupo de música nuevo que había escuchado probándose bomba-chas en Señorita Peel. Mientras, yo le armaba un cigarro, Maca le cebaba mate y Natalia le sacaba piojos con peine fino.

Montevideo, 2/VI/07

Lula pintaba un dibujo en el tirante que hay sobre la estufa a leña de mi rancho de Punta del Diablo. “Es todo lo que quiero ser, un pez volador.”

Punta del Diablo, 28/II/05

La Vero dice que las tunas traen mala suerte, que concentran energía negativa o algo así. Siempre dice eso cuando viene a casa y ve mis cactus y mis aloes.

Tampoco le gustan los espejos en los dormitorios, dice que podrías verte a ti mismo durante un viaje astral mientras dormís y asustarte.

Una vez le compré un cactus para su cumpleaños. Una especie de tunita diminuta con una flor amarilla, de esas en maceta chiquita, para joderla, para ver qué decía.

Me puse la tunita en el bolsillo del sobretodo y salí en bicicleta para su casa de la calle Mondragón, pero en Muñoz y Pagola un auto me atropelló y me hizo volar como 5 o 10 metros, hasta la puerta de un almacén.

Por suerte no me hice nada, pero el cuadro de la bici quedó doblado, las ruedas ovaladas y el cactus hecho una bola de pasta verde mezclada con tierra en el fondo del sobretodo.

Ya que estaba en el almacén aproveché para comprar un vino.

La Massana, 26/III/07



Montevideo, 2/IV/05

Pasa un señor gordito como de 60 años por abajo de mi ventana. Lleva dos hueveras llenas de huevos colorados en la mano una arriba de la otra, como si fuera un mozo con una bandeja. Me quedo mirando el cartel que tiene su remera en la espalda: "Hay alumnos y hay Teachers?".

Mejor voy a hacerme otro pan con dulce.

~20~

Montevideo, 12/XII/04

Tendría 13 o a lo mejor 14 años, y estaba muy preocupada. "Ando horrible: como poco y engordo mucho", le contaba a su madre cuando se cruzaron conmigo por la vereda.

~21~

Mi tío dijo que iba a vivir para siempre.
Fue durante la cena, una noche que lo fui a visitar.
Estábamos comiendo costillas de cerdo y hablando del
resultado de unos análisis médicos y él agarró y dijo “Yo
voy a vivir para siempre”:
Los demás nos miramos y empezamos a reírnos entre
tentados y nerviosos. Porque no lo dijo en broma, no,
una parte de él hablaba muy en serio.

Montevideo, 24/V/07

~22~

El otro día subía para el trabajo y de golpe un niño pre-
guntó “¿Alguien en este ascensor conoce a Julio
Rodríguez?”.
Hubo un momento de perplejidad, de duda. Supongo
que todos optaron por no contestar, hacer como si nada,
seguir mirando hacia el frente, la vista perdida en algún
punto de las dos hojas metálicas de la puerta.
Me dio como pena ese niño ignorado. “¿Y quién es
Julio Rodríguez?”.
El pibe demoró un poco en contestar. Como si le diera
vergüenza. “Es mi padre”.
Le expliqué que el edificio es muy grande, que tiene
como seis ascensores y que allí trabaja mucha gente.
En eso llegamos al séptimo, las puertas se abrieron y yo
me bajé.

Montevideo, 24/IX/03

~23~

La ciudad, que se come al campo, y que se come a la costa, y que se comió el pinar en el que yo jugaba cuando era chico.

Les Portelles, 18/I/07

~24~

Soné que los barcos volaban. Nosotros estábamos sentados en un médano cerca de la orilla, y desde abajo veíamos el casco limpio y los remos agitando como aletas. En cambio los autos y los camiones andaban como locos por el arroyo Pando. Yo me tiraba al agua a tratar de salvar a un pobre pelicano de morir aplastado, pero llevaba puestos mis guantes de cuero y no podía nadar bien.

Me desperté y se lo conté a Moira, que estaba embarazada, mientras desayunábamos tostadas en la cocina.

Neptunia, 22/X/05

~25~

Me desvelo, y dedico largos razonamientos a tratar de explicar por qué podemos elegir no ver pero no podemos elegir no escuchar.

Montevideo, 17/XI/05

Los pajartos se vuelan si dejás la jaula mal cerrada. Se vuelan, se van a la mierda, vos creés que a lo mejor vuelven, pero después te das cuenta que no, te quedás pensando que son unos ingratos, que en el fondo no te querían, que la relación que vos pensabas que existía entre ellos y vos era una fantasía, entonces te desilusionás, te deprimís, putéas. "Pajartos de mierda". Pero ellos sólo hicieron lo que saben hacer, lo que tendrían que hacer desde un principio. Mover las alitas y rajarse a la mierda.

"¡La comida no es fácil allá afuera! ¿No ven que se van a morir de hambre?". Pero no grités, bolido, si igual ellos no entienden.

Montevideo, 29/VIII/06

Hasta fines de los años setenta en Salinas no había recolección de basura.

Me acuerdo patente, mi abuela envolvía en diario la basura —que incluía el papel higiénico del baño— y nos íbamos con una pala o una azada a enterrarla al bosque. Basura cien por ciento degradable, en aquella época casi no había plástico. Y no fue hace tanto. Como mucho podía haber un envase de vinagre, de esos verdes que en carnaval servían para hacer pomos. O un par de pilas Eveready, aunque totalmente agotadas, ya que se usaban hasta lo último en un proceso que incluía cambiarlas de lugar y hasta meterlas en el congelador.

Hace poco estaba haciendo un pozo y encontré los restos de uno de estos paquetes. En realidad era un montón de arena endurecida y como mohosa, donde lo poco reconocible era una chapita de Fanta oxidada con la parte de adentro de corcho y unos pedazos inmaculados de taza de porcelana inglesa, incluyendo el asa.

La Cortinada, 31/X/06

~28~



~29~

Creíamos que los pinos nunca se iban a acabar.

Les Portelles, 18/I/07

Mi abuelo, que toda su vida fue un gallego bohichero pero que en mi sueño era además profesor de biología retirado, me convenía de ir a un sótano inmundo todo inundado a ayudarlo en su proyecto último: clasificar su colección de preparados de microscopio.

Por algún motivo mi colaboración incluía que yo —que nunca pase de tres acordes en la guitarra— tocara una batería armada al borde del lago que se había formado al fondo del sótano, y que simultáneamente fuera revisando y reclasificando los preparados, que estaban pudriéndose, esparcidos por todo el lugar.

Mientras, mi abuelo, parado un poco más lejos, me daba indicaciones.

Al principio más o menos me las ingeniaba para tocar la batería con una mano y clasificar preparados con la otra. Pero en las partes más complejas necesitaba tocar con las dos manos: entonces tenía que sostener los preparados en la boca, aunque estuvieran todos impregnados de mierda de paloma y murciélago.

De repente el asco me superaba, y dejaba todo y me iba.

Al tiempo mi abuelo se moría, y un diario daba la noticia subrayando que con él se iba la última esperanza de recuperar la valiosa colección de preparados.

Montevideo, 4/VI/04

Vagar por el parque entre semana se me está haciendo necesario, sobre todo últimamente.

Esta bueno, siempre pinta algo, como este cartel que aparece entre las ramas, “No temas”, en el bar abando-nado. Lleva el logo de una marca de whisky, es decir, es sólo propaganda, pero que ¡justo!, “No temas”;

Un señor come tanjinas de una bolsa transparente abajo de un eucaliptus.

Lluvia finita. El lago parece un césped de camalotes. Cruzarlo por el puente curvo es toda una metafora.

Cuando era chico los espacios entre las maderitas del puente me daban un miedo atractivo. Me acuerdo que las tablas hacían ruido al pisarlas, especialmente en bicicleta.

Ruidito de agua verde. También algo de olor. La vuelta al lago es algo incómoda. A veces hay tipos que te encarran. “¿Tienes hora? Qué día lindo. Podemos conversar?”

Algunos árboles ya tienen brotes; me parece que este invierno raro los confundió. Una flor prendida en el ojal. Creo que eso era una canción.

No tengo birrome. Urgencia. Y el quisoso queda muy lejos. Ciudad ruidosa.

El señor de las mandarinas ya se fue. Quedó una mancha de cáscaras anaranjadas. Un hallazgo oportuno y hermoso.

A la vuelta algunas baldosas salpican agua si las pisas. Cambiar el termo de brazo es un alivio, como empezar de nuevo. Sí, empezar de nuevo. Ah, era eso. No temas.

Montevideo, 20/VIII/04

Tengo dos recuerdos tempranos asociados a piscinas:

uno terrible y otro simpático.

El terrible es del año 1973: yo y mis compañeros de

guardería haciendo cola para entrar a nuestra primera clase de piscina. Me acuerdo del túnel húmedo y vaporoso, oscuro, a cuyo final aparecía la luz azulada de un monstruo desconocido. El piso del túnel era marrón y mojado (yo llevaba románticas amarillas) y muchos llorabamos. Había eco, pero también se escuchaban los chapuzones del monstruo, entre ráfagas de olor a cloro.

Al final del túnel nos esperaba un señor. Hoy sé que ese señor era un profesor de natación. Nos iba agarrando de

a uno, nos ponía un flotador de plástico y nos tiraba al agua. Así, como quien tira cajones de fruta. Niños de tres años volando por el aire y cayendo al agua.

No me acuerdo de más nada. Sólo sé que durante años las piscinas me daban un miedo irracional (recién a los siete pude aprender a nadar) y que cuando veía las románticas amarillas en el cajón de los zapatos también sentía

miedo.

El otro recuerdo viene un poco después que el anterior:

Yo tendría siete u ocho años, y mi prima Laura cuatro o cinco. Debía ser 6 de enero. O 25 de diciembre. Seguro que era verano y estábamos en Salinas. La piscina inflable nueva que le habían dejado a ella estaba recién inflada y tenía agua, por primera vez. Yo tenía un arco con flechas, de las de punta con chupón de goma, pero les había sacado el chupón y había afilado la punta.

¡Jugué a embocar la flecha en el agua, con el resultado previsible.

Montevideo, 20/XII/04

El fierro blanco con el cubo de propaganda infame que pusieron en Lorenzo Carnelli esquina Isla de Flores cam-bia completamente cada vez que una flaca lo usa para atar su bici lila con canasto de mimbre y guardabarro cro-mados.

Montevideo, 3/V/06

~34~

Voy a tratar de no mirarlos: ellos tienen derecho a lle-gar sin sentirse observados. Pobres loquitos, primero todo el mundo los mira y después nadie les da pelota. "Permiso... ¿se puede pasar? Buenas tardes... permi-so...?"

Nadie los atiende, y se van del restaurante con el termo vacío. Dos viejitos locos de la mano, con esa ropa de asilo, de descartar social. Isa se levanta y sale corriendo a conseguirles el agua caliente.

"Pero, muchas gracias, es demasiado. Bueno, muy ama-ble. Qué oído que tiene."

Fortín de Santa Rosa, 28/XI/04

~35~

Tengo, entre otras, una imagen particularmente íntima y tierna de ti. Estamos los dos en la cama una mañana de domingo. Hace rato que nos despertamos, pero todavía no nos levantamos. Yo estoy encima tuyo y suelto un lento hilo de saliva, mientras que vos, riendo, abris la boca.

La Massana, 11/IV/07



El mar creció, y el pueblito de casas de arena se fue desmoronando, se detumbaron los techos, se cayeron las ventanitas de mejillón y las banderas de pluma de gaviota, y las pulgas marinas nadaron en los charcos que se formaron en el medio.

Atlántida, 18/XII/04

Después de un tiempo empecé a darme cuenta de sus imperfecciones. Vi que le saña un pelo grueso de la pera y varios más finos en la comisura de los labios. Vi que necesitaba fumar en la cama, y que si no dormía mal. Descubrí que estaba llena de miedos y fantasmas, historias oscuras difíciles de entender. Caí en la cuenta de que me hablaba de sus padres muertos constantemente. Dejaba que el perro durmiera en la cama, así que las sábanas estaban siempre llenas de pelos amarillos que pinchaban. Tenía periodos de comer muy mal, días y días a puro fideo, polenta de sobre y comida de supermercado, cosas así. No desayunaba. Estaba mucho más flaca de lo que yo recordaba de la vez anterior. Además se ponía muy celosa de mis amigas y compañeras de trabajo. Me hacía preguntas insólitas sobre ellas, y una llamada de teléfono podía generar una discusión y que se fuera dando un portazo. Por momentos la descubría muy seria, con la mirada perdida, metida en su mundo. Entonces yo la buscaba, la miraba a los ojos, y ella me devolvía la mirada como diciendo “¿Qué pasar?”.

Punta del Diablo, 16/II/05